



# hermanos de sangre

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Con un inicio vibrante al más puro estilo del cine de atracos, el director casi debutante Kike Maíllo, que ya nos asombró con su primera película de ciencia ficción *Eva* (2011), nos adentra en una historia de venganzas y crimen organizado que no tiene nada que envidar a las películas que nos llegan de otros países allende nuestras fronteras. Dos hermanos separados durante un tiempo, pertenecientes años atrás a la nómina de un capo mafioso que domina una ciudad del sur de España, deben unir sus fuerzas para en un plazo de 48 horas intentar aclarar unos asuntos turbios que tienen relación con el “padrino” y sus historias personales. Con tensión in crescendo, tanto en los protagonistas como en el público, comienza *Toro* (2016), una película llena de persecuciones, tiros, peleas, violencia y mucha acción, que lo anterior conlleva, nos sumergen en un mundo que no solemos ver normalmente pero que conocemos por sus historias reflejadas en la gran pantalla.



Toro, dirigida por Kike Maíllo

Con escenas que nos recuerdan a las de las mejores películas de cine negro o thriller, sobre todo la persecución por el cauce seco del río como los viejos films de los años 70 americanos, los tres protagonistas hacen un buen trabajo de interpretación que en algún caso nos sorprenderá. Mario Casas, que va mejorando en cada película que interpreta, es el eje de la historia. El intento de redimirse de su anterior vida le pondrá en una disyuntiva cuando deba ayudar a su hermano a solventar un complicado asunto. Luis Tosar, en su línea de superación como en películas anteriores, saca partido a su papel de familiar descarriado, con una hija adolescente, que pide a su hermano ayuda para salir del lío en que se ha metido. José Sacristán, el mejor del trío protagonista, no tiene nada que envidiar al personaje de Vito Corleone en *El padrino* (*The Godfather*, Francis Ford Coppola, 1972) o Frank Costello en *Infiltrados* (*The Departed*, Martin Scorsese, 2006). Su maldad, que rebosa por todo su cuerpo, aparece en cualquier momento pese a su apariencia de hombre sosegado y tranquilo con cara de penitente en una procesión de Semana Santa. Al que le gusta escuchar música clásica y es muy devoto de ciertas imágenes religiosas, es un gánster refinado pero muy cruel. Para él una simple mirada de desaprobación basta para que sus secuaces cometan las mayores brutalidades como si estuvieran jugando y sus travesuras fueran dar una lección a quién ose interponerse en el camino del mafioso. En cuanto al apartado femenino Ingrid García Jonsson y Claudia Canal, son respectivamente, la mujer por la que se está redimiendo Toro (Mario Casas) y la hija de López (Luis Tosar), sobrina de Toro. Ambas, pese a que sus roles no son muy extensos, sobre todo el de Ingrid, dan el toque emocionante y realista a una historia de la que las dos actrices son como la estrella que ilumina el

camino de ambos hermanos, pero que no tienen la suficiente fuerza para que la inserción en la sociedad de uno y el cambio de vida del otro, se produzcan satisfactoriamente.

Los lazos familiares, entre los hermanos, pueden más que el afán de apartarse de la senda de la delincuencia en la que se ven involucrados y deben unir sus fuerzas para intentar derrotar al capo en una espiral de violencia.

En cuanto al guion, pese a que en algún momento parece que decae, no es así, si no que coge impulso para volver a subir la tensión del espectador y mantenernos en vilo durante otro buen rato. Con algún pequeño fallo por lo inverosímil de la situación, que no afecta para nada a la historia ni a la continuidad, creo que estamos ante un buen libreto con el que podemos degustar este thriller que nos dejará un buen recuerdo una vez que salgamos de la sala de cine.

Historia de traiciones, poder, valor, justicia y ambiciones que se desencadena por un hecho terrible que une a dos hermanos en una espiral de violencia, de la que ninguno parece querer (poder) salir. El más joven porque intenta cambiar su existencia de delincuente para empezar una nueva vida y el mayor por una ambición desmedida por el dinero (sobre todo por el que no es suyo), lo que le lleva a cruzarse en el camino del gánster con una consecuencias que no esperaba en un primer momento.

Los lazos familiares, entre los hermanos, pueden más que el afán de apartarse de la senda de la delincuencia en la que se ven involucrados y deben unir sus fuerzas para intentar derrotar al capo en una espiral de violencia, una vorágine de acción y un subidón de adrenalina que mantiene al espectador pegado a la butaca.

Con paisajes, edificios y el mar de la costa malagueña de fondo, el director nos mantiene en tensión durante el metraje, a la espera de un desenlace que, pese a que parece cantado, siempre hay esa vuelta de tuerca que un realizador tiene en la recámara para que el argumento no vaya por caminos trillados y sorprendernos (para bien), cuando parece que la suerte está echada. Aunque, como dije antes, hay algún pequeño fallo de guion que hace que su giro inverosímil nos despiste, pero no lo suficiente como para desconectar de la historia.

Ahora quisiera referirme al título de mi artículo, le he puesto ese por la cantidad de hemoglobina que salpica, en infinidad de ocasiones, la pantalla y el parentesco que une a ambos protagonistas. Es una frase hecha que hemos visto en varias ocasiones para referirse a pactos que realizan los intérpretes de alguna película (aunque no hagan el papel de hermanos) para indicar que su unión va más allá del bien y del mal, que están dispuestos a sacrificarse uno por el otro para salvar o salvarse de una situación límite o ante circunstancias adversas. Es tan común esta aceptación que la hemos podido ver como título de algún film, sin ir más lejos la película argentina *Hermanos de sangre* (Daniel de la Vega, 2012), por lo que creo que está perfectamente justificado este título para la historia que vemos en la pantalla.

No quisiera finalizar estas líneas sin hacer una mención especial a la música de la película, pocas canciones, pero insertadas en el momento justo, dan un aire fresco a las duras imágenes que pasan ante nuestros ojos y que complementan perfectamente esta historia de desquites, de caída a los infiernos y de intento de redención. Así, cantantes de la talla de Estrella Morente (acompañada por Michael Nyman), Bambino, Joe Crepúsculo & Bárbara Mingo y Nya de la Rubia (que tiene una breve aparición en la película) ponen banda sonora a esta película trepidante, con buenas interpretaciones y acción a raudales que no nos defraudará cuando salgamos de verla.



Toro, dirigida por Kike Maíllo